



16 abril, 2023

04/001

Al Clero, Monásticos, y Fieles de la Iglesia
Ortodoxa en América,

Mis amados Hijos en el Señor,

¡Cristo ha resucitado! En verdad, ¡ha resucitado!



«Purifiquemos nuestros sentimientos para contemplar a Cristo resplandeciente en la inaccesible luz de la Resurrección y le oiremos decir claramente: Regocíjense.» (El Canon Pascual, Oda 1)

Cuando las miróforas llegaron a la tumba, escucharon las palabras de un ángel--«No está aquí. Ha resucitado.» María Magdalena y las otras mujeres, por su parte, proclamaron este mensaje a los apóstoles. Y por el transcurso de los siglos, ese mensaje se ha pasado por sus sucesores, aun hasta nosotros — las buenas noticias del Señor crucificado y resucitado.

«Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos se ha acercado» — éste es el corazón del Evangelio, y la resurrección de Cristo es la irrupción del reino celestial a nuestra realidad caída, la demostración y la prueba que el reino sí se ha acercado. La Resurrección de Cristo no es un evento distante y antiguo. Es una realidad nueva a la cual nosotros en la Iglesia ya tenemos acceso.

Además el mensaje de la Resurrección de Cristo no es simplemente uno que se pasa de generación en generación, como otras enseñanzas o historias. Se pasa por medio de la experiencia. Por medio del bautismo, morimos y resucitamos nuevamente con Cristo. Por la crismación, recibimos a Su Espíritu y participamos en Su unción de consagración. Por la Eucaristía, comemos Su Cuerpo y Su Sangre deificados, los cuales fueron ofrecidos por nuestra salvación en la Cruz y llevados al cielo por Su Pasión, Su Resurrección, y Su Ascensión. Por medio de estos misterios, nosotros mismos entramos a una relación personal y eterna con el Señor Resucitado.

Y por eso, Él que anuncia la Resurrección al creyente durante el Canon Pascual de San Juan Damasceno es el mismísimo Cristo: «resplandeciente en la inaccesible luz de la Resurrección y le oiremos decir claramente: Regocíjense.» Él mismo ha escogido ministros mortales para servir los misterios y ofrecerlos por todos los fieles, pero por medio de esos misterios—si nos arrepentimos y «purifi[camos] nuestros sentimientos» de preocupaciones pecaminosas por las cosas del mundo—entonces encontraremos a Cristo mismo.

Y este encuentro nos llena con alegría, porque es un anticipo del Reino—donde los justos perpetuamente disfrutarán la luz clara de la Resurrección, donde el poder transformador de la Resurrección se experimentará plenamente, donde Cristo se verá, no «por espejo, oscuramente; mas entonces [lo] veremos cara a cara» (1 Cor. 13.12).

Cristo ha resucitado, ¡amados hijos! La muerte, el pecado, el infierno, el mundo, el diablo—todas estos enemigos se están huyendo derrotados. Cristo mismo va delante de nosotros hacia el reino, el cielo nuevo y la tierra nueva, y cantamos el himno triunfal: «¡Cristo ha resucitado!»

Que todos nosotros guardemos ese himno dentro de nuestros corazones por todo el año, y por todos los años, recordando que la Resurrección de Cristo es la conquista de todo peligro y tristeza, el fin del reino de satanás, del pecado y del quebrantamiento espiritual, y también es el comienzo de una nueva realidad que no tiene fin—el Reino del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, durando hasta los siglos de los siglos.

Saludo a todos con el constante, invencible e infinita alegría de la Pascua del Señor,

Suyo en Cristo,

+TIKHON

Arzobispo de Washington

Metropolitano de Toda América and Canadá